

La divorciada

URSULA PARROTT

Traducción de Patricia Antón

Título original: *Ex-Wife*

Copyright © 1929, Jonathan Cape and Harrison Smith, Inc.
Copyright renovado en 1957 por Lindsey Marc Parrott, Jr.
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Patricia Antón, 2024
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2024
Rambla de Catalunya, 131, 1.º-1.ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo, 2024

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: © Herbert Matter, 1943
Imagen de la solapa: cortesía de McNally Editions

ISBN: 978-84-127967-7-3
Depósito legal: B-2386-2024
Impresión: Liberdúplex, S.L.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Cubierta de una edición temprana de *La divorciada* (1930).

Para H.

LA DIVORCIADA

Mi marido me dejó hace cuatro años. Todavía no acabo de entender por qué. Sospecho que él tampoco. Hoy en día, cuando la catástrofe que pareció entonces y sus causas ya son cuestiones igualmente intrascendentes, cada vez me inclino más a creer que llegó al extremo de abandonarme por las escenas tan escandalosas que le monté cuando me mencionó por primera vez esa posibilidad.

Por supuesto, durante los frenéticos seis meses que precedieron a su partida real, expuso razones para ello, a montones. Recuerdo algunas de ellas. Unas veces decía que ya no estaba tan guapa como antes; otras, que aparte de ser guapa no tenía otros atributos. Se quejaba de que no mostraba ningún interés en sus asuntos; decía también que insistía en inmiscuirme en todos ellos. Decía que era una mosquita muerta o bien que era temperamental; que no tenía sentido alguno de la moral o bien que era una mojígata. Decía que quería casarse con una mujer a la que amara de verdad; y que una vez que se hubiera librado de mí no se casaría con nadie más solo por demostrar que era capaz de hacerlo.

En los cuatro años transcurridos desde entonces, he oído las causas que se alegan para los funestos finales de

muchos matrimonios, y he llegado a pensar que la lista de mi marido era tan sensata como la de la mayoría.

Se cansó de mí; buscó motivos para justificar su fastidio y los encontró. Le parecieron válidos. Supongo que si yo me hubiera cansado de él habría hecho lo mismo.

Pero no estaba cansada de él, de modo que entablé una lucha encarnizada y muy estúpida en contra de su marcha. Estaba convencida de que si luchaba, ganaría. Nunca he vuelto a estar tan segura de mí misma como entonces, cuando tenía veinticuatro años. Nada vino a complicar mis esfuerzos por conservar lo que quería: ni escrúpulos éticos a causa de mi actitud posesiva, ni la idea de que forzar las emociones fuera totalmente inútil.

Al principio, creo, fingí tener motivos elevados: «Quédate por el bien de nuestras familias», etcétera. Más tarde, a medida que crecía mi pánico, experimenté con trifulcas, rabia, angustia, histeria y amenazas de suicidio; y me negué a admitir, hasta cinco minutos antes de que se marchara, que la posibilidad de que se fuera era real, a pesar de todo...

Mientras él terminaba de hacer las maletas, yo seguía ahí sentada empezando a creérmelo. Intenté que se me ocurriera algún milagro de última hora: consideré cortarme las venas para que él tuviera que ir en busca de un médico y luego quedarse hasta que me recuperara. Pero me di cuenta, en un mundo que de repente se había convertido en un lugar del todo increíble, de que él podía marcharse y dejarme morir desangrada.

Esperaba parecer desconsolada; esperaba parecer adorable. Entonces me acordé de que la butaca en la que estaba sentada era un regalo de boda de su tía Janet, y me pregunté qué se hacía con los regalos de boda de los parientes del marido cuando este se marchaba. (En Nueva York, resulta

que una se los vende a amigos que se han casado jóvenes y pobretones.) La lámpara que tenía a mi lado era de las primeras modernistas; recordé que no se la habíamos pagado a los almacenes Wanamaker's.

El ruido de tapas de baúles al cerrarse se interrumpió. Mi marido entró.

Ahí plantado, se lo veía muy apuesto, testarudo e infeliz. Me asaltaron recuerdos de lo guapo que me había parecido la primera vez que nos vimos, en una fiesta en New Haven, cuatro..., no, cinco primaveras...

—Voy a parar un taxi para llevarme mis cosas —declaró.

—Peter, no te vayas —le pedí.

—¿De qué sirve eso ahora? —repuso él.

Nos miramos. Y de repente, tras seis meses en los que siempre me las había apañado para encontrar una protesta más, relevante o no, ya no supe dar con ninguna.

Sentía un gran dolor de corazón. Nos habíamos amado durante tres años y nos habíamos odiado la mitad del cuarto. Parecía que habíamos recorrido un camino muy largo desde unos comienzos alegres y llenos de confianza.

Al parecer, si yo no era capaz de abrir el pico, él sí tenía unas últimas palabras que ofrecerme. Después de morderse la lengua tras un par de intentos, preguntó:

—¿Cuándo te divorciarás de mí, Patricia?

—Jamás de los jamases —solté.

Se encogió de hombros. Ni siquiera estaba enfadado; solo parecía cansado.

—Como quieras, Patty. —(Hacía meses que no me llamaba «Patty». Solo «Pat», con indiferencia, o «Patricia», con tono furibundo)—. Bueno, no llores por mí mucho tiempo, querida —añadió. Luego se acercó, me acarició el pelo y se fue.

Y entonces, a modo de mi definitivo y más absurdo momento de inspiración, pensé: «Si no puede llevarse los baúles, no podrá irse», y eché el cerrojo a la puerta del apartamento. Volvió con el taxista y llamó con los nudillos. Me quedé muy quieta.

—Si no abres la puerta, la echaré abajo.

Habría sido muy capaz, de modo que la abrí. Él arrojó sus llaves sobre una mesa.

—No voy a necesitarlas nunca más —concluyó.

Volví a sentarme en la butaca. Los baúles, las maletas, el taxista y el marido se marcharon metiendo mucho ruido, y pensé: «Esto es el fin. ¿Cómo es que no me echo a llorar o algo?».

En ese perezoso espacio del domingo que va de un desayuno tardío a la hora de vestirte para un cóctel, Lucia, con quien compartía piso, trataba de definir el concepto de «divorciada».

—No todas las mujeres que han estado casadas lo son. Hay mujeres sobre las que resulta más significativo saber que trabajan en esto o aquello, o que les gusta viajar, o que van a conciertos sinfónicos, que saber que estuvieron casadas con alguien.

Me miró, pensativa.

—Tú eres una divorciada, Pat, porque es lo que más te define: que estuvieras casada una vez con un hombre que te abandonó explica todo lo demás sobre ti.

—Según eso, tú también lo eres. Que una vez estuvieras casada con Arch lo explica casi todo sobre ti.

—Sí, pero digamos que me estoy recuperando. Dejas de ser una divorciada cuando vuelves a estar enamorada, o incluso si ya no piensas nunca en tu marido.

—¿Cuántos años hacen falta para llegar a esa fase? —quise saber. Había cenado con Pete la noche anterior y sabía que iba a sentirme desdichada durante una semana.

—Vamos, vamos, jovencita —me consoló ella—. Te sentirás mejor mañana. —Empezó de nuevo—: Una divorciada, una «ex», es una mujer con tortícolis de tanto mirar atrás por encima del hombro hacia su matrimonio.

Aporté mi granito de arena:

—Una divorciada es una mujer que, en las fiestas, parlotea sobre los placeres de ser independiente cuando está sobria... y que, cuando lleva alguna copa de más, se lanza a hablar sobre las virtudes o las vilezas del marido que la ha dejado.

—Una divorciada —añadió Lucia— no es más que una mujer sobrante, como aquellas que tanto preocupaban a los sociólogos durante la guerra.

—Sin embargo, nadie se preocupa por una ex, excepto su familia... o su marido si es de los que se avinieron a una pensión alimenticia —dije.

—No nos hace falta inquietarnos todavía por eso, querida. Estamos demasiado solicitadas. Espera a que tengamos cuarenta..., si es que no hemos muerto antes por falta de sueño.

—Yo moriré de tanto beber absenta barata —anuncié con tono de resignación.

Lucia protestó.

—Me gustaría que dejaras de tomar eso. Se acabará notando en tu aspecto.

Pero su voz sonó lánguida. Solo estábamos charlando; no tardaría en llegar el momento de maquillarse y ponerse un vestido de terciopelo, y entonces las cosas volverían a pasar deprisa. No era una mala vida, siempre y cuando las cosas pasaran deprisa. Y solían hacerlo.

Probé con una definición más.

—Las divorciadas..., las que son jóvenes y guapas como nosotras, ilustran cómo esta libertad para las mu-

jeros resultó ser el mayor regalo que Dios les hizo a los hombres.

Nos reímos. Entraba un cálido sol de invierno que nos daba en los hombros; era agradable estar ahí sentadas. Peter y yo nos habíamos peleado como locos la noche anterior.

—No pienses en él —dijo Lucia—. Siempre noto cuando lo haces: se te pone la boca horrible. —De repente retomó el tema de las exesposas.

Me sentí llena de amargura. Al cabo de un rato comenté:

—Una divorciada es una joven para la que la eternidad prometida en la ceremonia de la boda se ve reducida a tres, cinco u ocho años.

Lucia añadió:

—Criadas bajo los maltrechos estandartes de «Amor eterno» y «La pureza ante todo», ahora tenemos que adaptarnos a la vida en la era de las aventuras de una noche.

Recordó de pronto que intentaba alegrarme un poco.

—Cariño, qué más da... Somos increíblemente populares, y conocemos a un sinfín de hombres, y vamos a todas partes.

—Todos quieren acostarse con nosotras —repuse—. Apenas han llegado a cenar cuando ya andan tramando cómo quedarse a desayunar.

—Y eso tampoco importa gran cosa, Pat. Ya sabes que no, lo que pasa es que hoy no andas muy fina, nada más... ¿Qué vas a ponerte?

Se lo dije, y fui a vestirme. Cuando volví a bajar, Lucia había preparado dos martinis. Me sentí mejor al tomarme el mío.

Luego llegó Max. Le dimos un martini, y soltó:

—Por el crimen y otros placeres. —Siempre decía eso a modo de brindis. Después se interesó por nuestra salud y

por nuestros empleos; parecían importantes para él, supongo que por eso lo preguntaba.

Para nosotras no lo eran. Las dos trabajábamos en publicidad: Lucía en una agencia, yo era redactora de anuncios de moda en unos grandes almacenes. Ganábamos unos cien dólares a la semana cada una, más algún extra de escribir por cuenta propia. Teníamos lo que llamábamos una buhardilla, en Park Avenue. El alquiler era de ciento setenta y cinco dólares al mes, y el resto del dinero, prácticamente, lo gastábamos en ropa. Nunca ahorrábamos nada.

Lucía decía que cuando estaba casada sí solía ahorrar. Yo también. En cierta ocasión ahorré cinco dólares a la semana durante un año, para una alfombra que sería «un detalle precioso cuando tuviéramos una casa». Cuando Peter se fue, vendí la alfombra por cuarenta dólares y me compré un par de zapatos y un sombrero.

En mi época de casada, ahorraba dinero y hacía planes para los cincuenta años siguientes y todo eso. Después, no hacía planes ni para el mes siguiente. Me parecía una pérdida de tiempo.

Cuando pareció que ya no quedaba gran cosa que decirle a Max sobre nuestros empleos, nos lo llevamos al cóctel. Le encantaba observar a la generación más joven, o eso decía.

No conocíamos a muchos judíos; él era de los más simpáticos. Era viejo; parecía un retrato de Rembrandt; había ganado alrededor de un millón de dólares en el negocio de la chatarra, y lo había captado gente que quería que donara dinero a sus obras benéficas. Tenía una esposa enorme a la que adoraba. Un día nos contó con orgullo que estaba aprendiendo a escribir. Durante un instante creímos que

se refería a escribir libros; pero no, se refería a dejar de ser analfabeto.

No era uno de los nuestros. Aunque tampoco es que fuéramos un conjunto, solo piezas sueltas. Los nombres en mi agenda de compromisos del primer año después de Peter ilustran bastante bien qué clase de gente conocíamos. (No recuerdo a quiénes pertenecían algunas iniciales.)

«Cena, Richard»: solía redactar el artículo de fondo de los domingos en un periódico. Se fue a Hollywood con uno de esos contratos de prueba de tres meses. Tengo entendido que ahora escribe sobre deportes en San Francisco.

«H.R.G., 8 de la tarde»: autor de una obra dramática que fue un éxito y de dos fiascos. Fui con él al estreno de uno de los fiascos. No fue una velada de gala.

«David, desayuno el domingo»: ¿quién era David? Lo asocio con algo vagamente desagradable... Ah, sí, esa fue la noche en la que acabé bajándome de un taxi en la calle Ochenta y seis, furibunda y en plena tormenta de nieve. David importaba tripas de Rusia para embutir salchichas. Una ocupación bien extraña...

«Hal, cita para salir de cervezas al aire libre en Hoboken»: solo era un exembajador que se creía muy muy joven de corazón.

«Leonard, en el Russian Bear, a las 8 en punto»: era bastante dulce. Un antiguo alumno de la Universidad de Rhodes que trabajaba en la prensa amarilla por treinta a la semana.

«C.L.C., en el Ritz a las 7.15 de la tarde»: el novelista por excelencia de la generación más joven. Siempre reconocía serlo sin que se lo preguntaran.

«Dominic, cita para cenar en el Cecelia»: era un joven cirujano italiano, muy solemne, y bailaba como un profesional argentino.

«Gerard, en el Brevoort a las 6.30»: era un don nadie en Wall Street.

«Ken, Ken, Ken»: quedaba con él al menos tres veces por semana durante la mayor parte de ese año. Cuando leo su nombre, veo cómo las luces de los salones de baile de Harlem arrancan destellos al pelo más dorado que haya visto jamás. Podría haber sido el mejor director de fotografía del cine. Pasamos los mejores momentos imaginables juntos. Pero no me besó ni una sola vez.

«John, en el Samarkand a las 9 de la noche»: pintaba murales para gasolineras, albergues de la hermandad de los Alces y sitios así.

«Ned, en su casa a las 6.30»: trabajaba de no sé qué en una editorial; acumulaba botellas de Napoleón y nos obsequiaba con cantidades interminables de coñac maravilloso.

Los hombres eran así. No tenía muchos compromisos con mujeres.